

PITOL, SERGIO. *Siete escritores ingleses: de Jane Austen a Virginia Woolf*. SepSetentasDiana 186. México: SEP / Diana, 1982.

Antonio Alatorre. *Ensayos sobre crítica literaria*. Lecturas Mexicanas, 3ª Serie 80. México: CNCA, 1993.

La aparición del presente volumen constituye en verdad un suceso editorial, por dos razones: primero, por la renuencia anterior de Alatorre a reunir en volumen sus trabajos críticos publicados en revistas; la segunda, porque ésta, su primera recopilación de ensayos, permite apreciar en conjunto una serie de reflexiones en torno a la crítica literaria, que son el resultado de más de cuarenta años de experiencia en la docencia y la investigación. Pero además, porque es un continuo homenaje a aquellos hombres que fueron decisivos en su formación como filólogo, tanto de aquellos que trató personalmente (Juan José Arreola, Alfonso Reyes y Raimundo Lida), como de los que sobre él ejercieron su magisterio a través de la lectura, como Amado Alonso, Dámaso Alonso, Leo Spitzer y Menéndez Pidal, entre otros.

En este volumen se reúnen doce trabajos, todos ellos revisados y puestos al día, escritos en su mayoría para ser leídos como conferencias o ponencias y, por ello, trabajos hechos por encargo y destinados a la divulgación. En la Introducción, que en gran medida es de carácter anecdótico, Alatorre previene al lector sobre el tipo de artículos que encontrará:

A mí, más que discurrir sobre el fenómeno y los problemas de la crítica, lo que me gusta es meterme en el fenómeno y “los problemas” de la literatura (12) [...]. Sé muy bien que no hay grandes novedades en estos ensayos. No me pico de original. No descubro caminos críticos desusados. Ni sigo ni propongo un método. Mi lenguaje no tiene nada de técnico. Mi vocabulario es el de entre semana. Mi filosofía, el sentido común (13-14).

La organización de los trabajos reunidos en este volumen permite distinguir tres núcleos temáticos: el primero comprende propiamente las reflexiones en torno a la labor crítica; el segundo está dedicado a la influencia del crítico santanderino Marcelino Menéndez Pelayo y el tercero analiza el sentido de la expresión *nacionalismo literario*.

“En torno a creación y tradición” (26-39), aunque ocupa el segundo lugar en el volumen, resulta un texto clave para comprender qué signifi-

ca la literatura para Antonio Alatorre. Según él la "poesía", en el sentido de creación auténtica e individual, representa una verdadera victoria sobre las palabras, sobre la tradición de una lengua recibida. El lado tradicional de la poesía española se aprecia en la pervivencia de los géneros literarios, los temas, los mitos clásicos y en la influencia de la poesía popular en la lírica culta. Por su parte, la gran obra, máximo de personalidad y de creación, sólo ha sido posible cuando "la emoción del poeta concentró y catalizó la retórica tradicional", como sucedió en las *Coplas* de Jorge Manrique y en las revoluciones poéticas de Garcilaso y Darío.

"La crítica literaria" (17-25), el trabajo que abre el volumen y el más antiguo de todos —fue leído en 1955—, aunque a lo largo de esas páginas es continuamente menospreciado por su autor, quien lo juzga ingenuo, me parece de una importancia capital, ya que constituye una verdadera profesión de fe de su labor como filólogo. En esta conferencia se encuentran de manifiesto todos los postulados de lo que para Alatorre significa la crítica literaria. Ante todo, el crítico debe ser un lector con una fina sensibilidad, equiparable a la misma que el autor experimenta al crear su obra. Así como existen autores geniales, también se da el caso del crítico excepcional, el que es capaz de entender la obra en su integridad, tal como lo hizo, por ejemplo, Amado Alonso en el libro dedicado a Neruda. El crítico deberá unir a su sensibilidad la experiencia literaria representada por numerosas lecturas.<sup>1</sup> De allí que concluya que "la crítica no es una ciencia exacta y fría" (22).

Para Alatorre la crítica cumple una función pedagógica, ya que debe ser una guía para el conocimiento de los demás. También debe ser un compromiso con la literatura misma, y no un pretexto para elogiar al amigo, denostar al enemigo o simplemente discurrir sobre aspectos tangenciales, como la sociología, la política, el folklore, etc.

Con "Crítica literaria tradicional y crítica neo-académica" (54-77), su discurso de ingreso en El Colegio Nacional (1981), Alatorre inicia una verdadera campaña contra lo que considera un mal de la crítica literaria actual y que denomina "crítica neo-académica", producida en general dentro del ámbito universitario; lucha que continúa en "Lingüística y literatura" (1987). En ambos trabajos, Alatorre insiste en la importancia que existe entre la experiencia literaria y el placer de la labor crítica. Cada obra requiere un acercamiento propio, porque constituye una individualidad, lo mismo si se trata de un soneto de Garcilaso, donde

---

<sup>1</sup> Páginas más adelante, en "Crítica literaria tradicional y crítica neo-académica", a propósito de una imaginaria conversación entre Lida, Arreola, D. Alonso, Spitzer, Reyes y Tomás Segovia, afirma: "La experiencia literaria es asunto de muchos" (62).

lo importante es entenderlo, y no así como así, sino en su *ser* mismo, en su todo y en sus partes, con su sustancia y su ornamento, su mensaje y estructura; entenderlo como lo entendían los contemporáneos de Garcilaso, y aun Garcilaso mismo (12),

que si se trata de “conocer un soneto de Lope de Vega, [lo que] significa responder a lo que pide, que es ser captado, y captado en lo que tiene de gracia propia. Sin esto hablar de él es exhibir ignorancia” (68).

La crítica neo-académica, por el contrario, ha exhibido su ignorancia, al olvidar la importancia de la experiencia poética, la cual ha sido sustituida por una metodología y una jerga pseudo-científica que

impera y prospera en la Nueva Academia, constriñendo a sus adeptos a decir, en lenguaje cada vez más refinadamente técnico, cosas cada vez más inútiles, más ajenas a la lectura, la comprensión y el goce de las obras literarias, obligándolos a erigir torres de viento, a convertir lo llano en escarpado y lo ameno en tedioso (106).

Estas disquisiciones se encuentran ejemplificadas con muestras de tales excesos, tomadas de la revista chiapaneca *Cantera* y de las *Actas do Congreso Internacional de Estudios sobre Rosalía de Castro*, y que son ridiculizadas por el fino humor de Alatorre. Pero donde mejor se aprecia este humor e ironía es en los dos denominados *Intermezzos* (78-88, 109-130). En ambos casos se trata de defensas públicas por la incompreensión de los dos trabajos arriba señalados; el primer *intermezzo* va dirigido contra la comunicóloga María Josefa Cañal, que lo acusó, a través de las páginas de *Casa del Tiempo*, de ser un defensor de la “crítica impresionista o anecdótica”; el segundo es una breve polémica que sostuvo con Evodio Escalante, a través de las páginas del suplemento “Sábado”. En ambos textos defiende su posición y subraya la necesidad de ser bien leído por sus atacantes.

A la influencia de Marcelino Menéndez Pelayo, dedica Alatorre tres trabajos: el primero de ellos, “Menéndez Pelayo, problema histórico” (131-144), escrito con motivo del centenario del nacimiento del crítico santanderino, analiza las tremendas equivocaciones que cometió, principalmente en su juventud, al mostrarse intransigente ante todo aspecto que se opusiera a su tradicionalismo católico español. “Un caso de menendezpelayitis” (145-150) muestra un caso de esta misma intransigencia crítica: el P. José C. Andrade, en su libro *Horacio, poeta lírico. Su influencia en la literatura castellana*, pasa revista a gran parte de la producción poética iberoamericana, descalificando toda obra que no se ajusta al canon horaciano.

Otra muestra más de incompreensión de lo americano es puesto de manifiesto en el ensayo "Menéndez Pelayo y los poetas mexicanos: una escaramuza literaria" (151-159). A propósito de *La literatura mexicana en la obra de Menéndez Pelayo*, de Francisco Monterde, Alatorre analiza las razones por las cuales el crítico español decidió no utilizar la *Antología de poesía mejicana* realizada por José María Roa Bárcena, por encargo de la Academia Mexicana. Con base en la correspondencia de Menéndez Pelayo y del testimonio del P. Miguélez, Alatorre concluye que el supuesto desconocimiento de la selección de Roa Bárcena debe ser interpretado como una muestra más del "desprecio" del santanderino por todo lo americano.

"En torno al concepto de literatura nacional" (160-169) y "Contra el nacionalismo: corrupción de la nacionalidad" (170-179) están dedicados a otras formas de intolerancia, ya que afirmar que una obra es excelente porque expresa el sentimiento nacional es un error que encubre segundas intenciones: "Todo lo que tienen de noble y de respetable las expresiones de la nación, lo tienen de torcido y falso las expresiones de nacionalismo [en tanto se trata de un] instrumento de manipulación" (173).

Es un error que también se aprecia en la creación de la Comisión de Defensa del Idioma Español, durante el gobierno de López Portillo, y en la reunión de los intelectuales jaliscienses con el candidato De la Madrid para demandar la "nacionalización" de nuestra cultura.

Como indicaba páginas arriba, estos ensayos tienen en común el abordar el fenómeno crítico y sus problemas, todos los cuales ya se encuentran perfilados en ese ingenuo trabajo de 1955. Aquí Alatorre señalaba como escollos de la crítica literaria en México —y en vista de los testimonios, podrían hacerse extensivos a otras partes del mundo— el "dilettantismo", el "nebulismo" o imprecisión, el "doctrinarismo" y el "cuatachismo" o exaltación de los amigos.

Además de los trabajos ya comentados, el volumen viene complementado con una noticia bibliográfica que indica el lugar de aparición original de cada uno de los ensayos y de un utilísimo índice onomástico que, supongo, debe ser obra del autor.

Sin duda alguna, a pesar de que "no hay grandes novedades en estos ensayos" ni el descubrimiento de "camino críticos desusados", este libro difícilmente pasará a formar parte del "enorme cerro de lo prescindible".

CARLOS RUBIO PACHO

*Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM*